

## Testimonio.

Diana Rosado

Aunque sirva para algunos de testimonio, yo quiero escribir lo que sigue como si fuera para mí misma. Este año me han pasado muchas cosas. Me apunté a las cenas Alpha porque allí se iba a hablar de Dios libremente. Yo estaba llena de dudas, pensaba que tal vez la fe en Dios era un invento muy bonito que habíamos creado los hombres para no desesperar ante la idea de la muerte, y que tal vez Jesús no fue el Hijo de Dios, sino tan sólo un hombre maravilloso, con unos ideales de valor de cada ser humano que se han expandido por nuestra cultura, pero un poco loco, porque se creía el Hijo de Dios. Seguramente también fueron maestros indudables Confucio, o Buda o Indira Ghandi, aunque no lo sé a ciencia cierta ya que nunca los he estudiado y no conozco más que generalidades sobre ellos. Tal vez Jesucristo fue sólo un maestro maravilloso más. Pero esta duda me llevaba a que no tenemos alma, que todo termina con la muerte, y me parecía que la vida no tenía sentido así. Y ese pensamiento me hacía sentir profundamente perdida. Mi vida tenía la misma importancia que la de una hormiga, como un ser diminuto en medio del Universo, que es pura expansión y crecimiento del caos.

Por eso fui a las cenas Alpha, porque me dijeron que iban creyentes y no creyentes, y que cada cual podía expresar libremente lo que pensaba. La verdad es que deseaba volver a creer en Dios, desembarazarme de mis dudas que me hacían sentir tan infeliz y desesperanzada.

En la primera cena a la que fui, que era la segunda, me plantearon una disyuntiva que yo no había visto. Me dijeron que Jesús pudo ser tres cosas: un loco que se creía el Hijo de Dios, un embaucador o el verdadero Hijo de Dios. Pero quedaba descartada la posibilidad de que fuese un maestro, dado que en la Biblia él no da esta opción. Varios textos de la Biblia no daban lugar a dudas. Jesús dijo cosas como “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, o “Yo soy la luz del mundo” o “Venid a mí los que estéis cansados o agobiados y yo os aliviaré” y eso no es lo que ha dicho ningún Profeta, que siempre subrayan a Dios, Él se ponía a sí mismo, a su persona, en el centro. También dijo “nadie va al Padre si no es por mí”, “Yo soy la puerta” y “el que me ha visto a mí ha visto al Padre”. No cabe duda, no daba la opción de ser sólo un maestro. Yo tampoco creo que fuera un embaucador. Todos los embaucadores desean el dinero, el bienestar y el poder. Jesús iba de pueblo en pueblo durmiendo donde podía, a veces en el campo, comiendo muchas veces lo que le daban, y a los que se unían a Él les decía que dieran todo lo suyo a los pobres y le siguieran. Cualquier embaucador habría pedido esas riquezas para su organización y, por tanto, para sí mismo. Además Jesús predijo en varias ocasiones que le iban a matar, y no se defendió ni ante el Sanedrín ni ante Pilatos. Jamás un embaucador se ha dejado matar por los demás, más bien ha dejado que los demás se matasen por él. Por tanto sólo me quedaban dos posibilidades: o Jesús estaba loco de atar o realmente era el Hijo de Dios.

Empecé a leer de nuevo los Evangelios. Esta vez de forma diferente. No leía un trozo pequeño poco a poco para meditar sus palabras y sacar enseñanzas. No. Esta vez lo leía deprisa, como una novela, buscando signos que me permitieran decidirme entre estas dos opciones. Entonces organizaron una visita a la Virgen de Schoenstatt, en Pozuelo, y fuimos. Allí había una vasija muy grande para depositar deseos y promesas. Yo le pedí que volviera a descubrir la fe y le prometí a la Virgen que leería la Biblia, que no dejaría pasar esta oportunidad en el olvido y la pereza. No lo cumplí todos los días, porque algunos me iba tarde a la cama, pero sí lo cumplí muchos otros días y los Evangelios pasaban deprisa bajo mis ojos. Me dejó impresionada la enorme cantidad de enfermos a los que curó Jesús. Nunca noté que fueron tantos. También me impresionó cómo le

seguía la gente, le rodeaban muy de cerca. Por ejemplo Jairo tuvo que subirse a un árbol para poder verle. O también cuando rompieron el tejado de una casa, totalmente llena y rodeada de gente, para poder descolgar desde allí al paralítico y que le curara. Cuando curó a la hemorroísa estaba completamente rodeado de gente y preguntó quién le había tocado, todos se extrañaron porque mucha gente le iba tocando, pero Él había notado que un “poder” había salido de Él, ella lo reconoció, y la había curado. Jamás he sabido de nadie que cure así a la gente. El padre Carlos (Chachi) nos habló de algunos casos de curaciones que él ha conocido, pero creo que son escasísimos. Ni yo, ni nadie que yo conozca (aparte de Chachi) conoce a alguien que cure milagrosamente a los demás. Jesús me parecía por tanto un caso excepcionalísimo. No parecía un loco.

También comprobé que Jesús no daba opción a que era sólo un maestro. Él se presentaba como el centro de su predicación: “Yo soy la luz del mundo” o “nadie ha visto al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo” no dan lugar a dudas, o estaba loco o era el Hijo de Dios, pero eso no lo dice un maestro cuerdo. Además al parecer en la cultura judía los hombres no podían igualarse a Dios, se veía a Dios como algo lejano en las alturas, y Jesús hace alusiones constantes a Dios como su Padre, a la vez que se pone a sí mismo como centro, y no a Dios, por ejemplo en “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Por eso condenaron a muerte a Jesús, por decir que era Hijo de Dios, lo cual para ellos era una blasfemia al igualarle a Dios.

Después de leer los evangelios ya no me parecía que Jesús era un loco. La verdad es que volví a creer que Jesús era el Hijo de Dios. También descubrí, en una misa del padre Gonzalo, que casi todos los apóstoles murieron mártires. ¿Cuánta gente daría su vida por una causa que saben que es mentira? Apenas unos pocos la darían por una causa que creen justa, pero desde luego ninguno por una causa que saben falsa. Eso, y su empuje a predicar por el mundo, me dio la certeza de que los apóstoles vieron a Jesús resucitado, y que lo que está escrito en los Evangelios es cierto.

Volví a creer y me sentía tranquila. La vida volvía a tener sentido. Volví a creer que Dios existe, pero no sólo eso, sino también que nos ama, que nos envió a su Hijo para salvarnos, con un amor tan grande que sufrió y murió por nosotros. Volví a creer que tenemos un alma eterna y que nuestra vida tiene sentido y una continuidad.

Entonces hicimos una salida de sábado con Alpha. El tema era el Espíritu Santo. Yo no lo sabía. También llevé a mi marido y a mis hijos. Mis hijos estuvieron jugando y viendo la tele, pero mi marido vino conmigo. Después de un par de charlas y debates sobre la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles se realizó una Efusión del Espíritu Santo. Yo no conocía qué era esto, pero me explicaron que era pedir al Espíritu Santo que bajara sobre nosotros como bajó en Pentecostés sobre los apóstoles y la Virgen María. Vinieron varias personas de un grupo que se llama "Carismáticos" que cantaban unas canciones preciosas durante el rito mientras algunos de ellos nos imponían las manos pidiendo a Dios que enviara al Espíritu Santo sobre nosotros. Yo lloré muchísimo. Necesitaba llorar porque había estado dudando de Dios mucho tiempo, y Él existía y me amaba tanto que me dolía enormemente haber dudado de Él. En aquel momento no sentí físicamente que Dios hubiese bajado sobre mí, pero cuando salí me sentía muy relajada y en paz. A partir del día siguiente me empecé a sentir muy feliz. Tenía muchas ganas de cantar e iba en el coche sola cantándole canciones a Dios y dándole gracias. En mi trabajo me lo notaron, me dijeron "qué contenta estás en un lunes, quédate por aquí a ver si se nos pega algo".

Desde entonces he sentido constantemente ganas de cantar y de dar gracias y gloria a Dios. A mi marido también le cambió algo. Su situación laboral era preocupante, y después de la Efusión empezó a ver las cosas de manera diferente, como con la distancia con que las vería Dios. Aumentó su interés por leer la Biblia, por hablar de Dios, por lo que hablábamos en la charlas, por rezar. También le vi más cariñoso, más cercano, más tierno. Pronto terminaron las charlas y nos apuntamos los dos al "Seminario de la Vida en el Espíritu" que organizaban los Carismáticos los jueves por la tarde.

Está siendo maravilloso. Estoy deseando que llegue el jueves cada semana. Me han dado un CD con canciones. Me las estoy aprendiendo y voy feliz cantándolas en el coche. El domingo pasado hicimos un día de enseñanzas y una nueva Efusión. Esta vez yo fui feliz, dispuesta a abrirme totalmente a que entrara Dios en mí y en mi vida. Esta vez ya no me dio vergüenza, me coloqué con las manos abiertas hacia arriba, sobre las rodillas. Me impusieron las manos y le pedí a Dios que me inundara con su Espíritu. No noté nada físico mientras me imponían las manos, pero me sentía muy feliz. Antes de terminar delante de mí estaba Emma de rodillas. Pasó por mi mente el pensamiento de que Dios me pedía que le impusiera las manos, a la tercera vez me apremió, y lo hice. Le impuse las manos y le pedí a Dios que bajara sobre ella. Entonces sí que sentí algo físico. Fue como un estremecimiento que me recorrió desde la cabeza hasta las manos. Nunca en mi vida había sentido ese tipo de estremecimiento. Muchas veces he sentido escalofríos, sobre todo con canciones que me parecen preciosas, pero nunca un estremecimiento así. Estaba segura de que Dios había enviado su Espíritu a Emma a través de mí. Fue maravilloso, Dios había querido usarme como medio, y mi pensamiento de imponerle las manos no había sido una locura mía, sino inspiración suya.

Escribo esto porque tengo la memoria flaca, y quiero poder leerlo y recordarlo cuando lo lea en el futuro.

Al día siguiente, lunes también, me fui al trabajo feliz cantando canciones para Dios. Dejé el coche lejos del trabajo e iba feliz mirando los árboles de un parque y pidiéndole a Dios que me indicara cuál era su voluntad, cómo quería que me comportase en cada momento, y dándole gracias sin parar por todo lo que me había regalado. Entonces pasó claramente por mi mente un pensamiento: "escribe". Me recorrió un escalofrío y aumentó mi sensación de estar rodeada de Dios. Me quedó clarísimo que me pedía que escribiera. Y a mí me entró temor. ¿Qué quería Dios que escribiera? Nunca he escrito un libro. Tal vez quería que escribiera en Internet, en alguna página web o en un foro. ¿Sobre qué quería Dios que escribiera? Pensé que tal vez sobre lo que siento y creo, o tal vez sobre cómo cambiar el mundo, que ahora se basa en el

individualismo y cobrar por el trabajo. Empecé a pensar de qué forma podría organizarse la sociedad, para que unos trabajen para otros sin cobrar, pero al hacer todos por todos nuestro trabajo no habría necesidad de dinero, y todos tendríamos lo necesario. Pero claro, eso requiere la colaboración de todos. El comunismo era parecido a eso y fracasó. ¿Cómo se podía evitar la picaresca y la mentira respecto a que uno estaba también colaborando? Me pareció que iba a tener que dedicar mucho tiempo a escribir un libro, aunque fuese cortito. Me pareció que me iba a ser difícil encontrar ratos para escribir, ya que entre mi trabajo y mis niños ya duermo poco. Y lo fui dejando. Dios sólo me pidió que escribiera y yo lo fui dejando pasar de un día a otro.

Después de la primera Efusión sentía que Dios me rodeaba y que estaba dentro de mí, como si yo fuese una esponja empapada en agua. Cuando iba al trabajo después de la segunda Efusión la sensación era aún mayor. Sentía a Dios intensamente, a mi alrededor, en el aire que me rodeaba, y también dentro de mí. Pero desde el lunes por la noche, que no escribí nada, dejé de sentirle. Fui el jueves con ilusión al seminario de la Vida en el Espíritu. Siempre había notado la presencia de Dios en esas reuniones, igual que noto la humedad, como si pudiera masticarla, cuando estoy cerca del mar. Pero este jueves casi no le notaba. Sin embargo, al salir comenté lo de escribir con Miguel y con Cristina. Miguel me dijo que escribiera lo que sentía, que eso serían perlas para el futuro para mí, que podría leerlas cuando lo necesitara. Cristina me enseñó dos carillas de cuaderno donde había escrito para sí misma sus pensamientos. Aunque no lo leí me pareció que era poco, abordable, y que yo también podía hacer eso. Tal vez Dios no me pedía que escribiese un libro. Tal vez sólo quería que escribiese para mí misma todo lo que estaba sintiendo, para que pudiera releerlo cuando lo necesitase. Así que por eso me he levantado hoy a las 6 de la mañana (llevo toda la semana despertándome varias veces por la noche), he visto el cielo con su primera claridad, una luna como una sonrisa y dos estrellas en el cielo de la mañana. He visto amanecer un sol rojo oscuro entre una nubes dehilachadas azul oscuro, sobre un cielo azul celeste. Ya son las 8:22. Voy a despertar a la familia y a desayunar, que ya empiezo a tener hambre. Pero me siento satisfecha, porque he escrito, tal como Dios me había pedido. Tal vez me pida que

siga escribiendo. Quede esto para recordarme que debo hacerlo. Si le pido a Dios que me muestre su voluntad ... será mejor hacerlo después, ya que será por mi bien y el de los demás. No me siento diferente ahora. Más tranquila sí. Espero poder volver a sentir a Dios como le sentía el lunes, cuando Él quiera.